

AVERELL HARRIMAN

El hombre de las negociaciones

William Averell Harriman pasa por ser «el americano que comprende a los comunistas». En 1941, dijo: «Hitler no destruirá jamás a la URSS». En 1942: «Stalingrado no caerá». En 1945: «Tendremos disgustos con la URSS hasta el fin de nuestros días». En 1966: «En Vietnam no habrá una escalada que lleve a una guerra con China...». Harriman goza de la confianza de Johnson. Hace dos años éste decía: «Si "Ave" tuviera diez años menos, haría de él mi secretario de Estado». Al igual que el «todo Washington», Johnson se halla a veces perplejo pero en todo momento impresionado ante Mr. Harriman. Este aristócrata yanqui —de la costa Este— vale, como quien no quiere la cosa, cien millones de dólares, entre su banca privada, sus Gauguin, sus Van Gogh y —amistad obliga— sus cuadros de Churchill y de Eisenhower. Con su amor por los hechos y su testaruda desconfianza hacia las teorías, en Harriman hay algo de «whig» inglés dieciochesco. Con unos leves retoques, este personaje de setenta y cinco años, uno ochenta y seis de altura, cabellos grises, ojos negros profundamente hundidos, un acento distinguido

que muchos norteamericanos creen «inglés», energía enigmática y a menudo aburrida por su esnobismo, Harriman podría salir de una novela de Henry James, revisada por Sinclair Lewis.

Hay «success stories». En el plano interior norteamericano, la historia de «Ave el honrado» es la más eminente «unsuccess story». Pero superada, transformada por la voluntad de hacerse útil, necesario, indispensable en el terreno de los asuntos internacionales, bajo cuatro presidentes: Roosevelt, Truman, Kennedy, Johnson.

Hijo de un Napoleón de los ferrocarriles, y vicepresidente de la «Union Pacific» antes incluso de salir de la Universidad de Yale, Harriman aprendió la política para evadirse de los negocios, que parecen aburrirle. Cuando se empieza con cien dólares, pueden ser divertidos. (Pero empezando con millones! Paciente, tenaz, pragmático, tras haber ocupado algunos puestos en la administración del «New Deal», Harriman pasará al primer plano de la escena política internacional. Primero, como representante especial del Presidente Roosevelt en Gran Bretaña, al comienzo de la guerra. Luego, como embajador en la Unión Soviética, de 1943 a 1946. Elegido gobernador de Nueva York, tiene que ceder el puesto, en 1958, a otro multimillonario: Nelson Rockefeller. Por dos veces, Harriman intentará el nombramiento del partido demócrata para la elección presidencial.

Luego, prudente, modesto, tomando el fracaso como un gentleman, aceptará casi una limosna política: embajador itinerante de John Kennedy. Será también subsecretario de Estado para los asuntos asiáticos. En Singapur, en Vietnam, en Hong-Kong, en los círculos de U Thant, se dice de él: «Es uno de los pocos americanos que no tratan de hacer entrar las realidades asiáticas dentro de las doctrinas norteamericanas, aún cuando ciertos hechos se le escapen».

Ahora, Harriman, este «duro» razonable, se prepara para hablar con unos diplomáticos vietnamitas que repiten incansablemente un estribillo, «absurdo» a los ojos de los norteamericanos: «Estamos aquí para hablar únicamente del cese incondicional de los bombardeos sobre la R. D. V. Única».



VIETNAM

Guerra, dinero y geografía

«Iré a cualquier lugar del mundo para negociar la paz», dijo una vez Johnson. Era una oratoria brillante. «Vayamos a Varsovia», le dice ahora Hanoi; Johnson no quiere. Tampoco quiere ir a Pnom Penh. A su vez, propone diez capitales; Hanoi no acepta. «No son realmente neutrales; sólo tienen embajadas de los Estados Unidos». Advértase que todo ese bizantinismo geográfico se refiere únicamente al lugar donde ha de celebrarse la conversación en que se determine cómo han de celebrarse las conversaciones en las que se establezcan los puntos básicos para una negociación... Entretanto, Johnson ha hecho su viaje de ida y vuelta a Honolulu para negociar con sus aliados, principalmente con el presidente Park, de Corea del Sur. El terrible drama de estos aliados es que se ven abandonados. No ya el gobierno del Vietnam del Sur, sino los pequeños feudos asiáticos que han hecho su riqueza con la guerra. Singapur, Formosa, Tailandia, Corea del Sur no solamente han recibido un copioso maná de dólares para su militarización, sino que su industria se ha multiplicado para hacer suministros a Vietnam del Sur. Suministros de guerra. Sin ambages lo dice un comunicado de la ONU, a través de la ECAEE (Comisión económica para Asia y Extremo Oriente) donde se dice que la guerra ha favorecido el crecimiento económico de esos y otros países de la zona y que «la baja de la demanda en ciertos productos de sus nuevas industrias» podría crear «consecuencias que se extenderían más allá del grupo de países más directamente ocupados en el aprovisionamiento del Vietnam del Sur». Está claro que antes de llegar a una negociación real y eficaz con los vietnamitas, Johnson debe negociar con sus aliados, debe prometerles que tendrán otra fuente de ingresos. Pero, ¿de dónde van a salir esos ingresos? Si la economía de los feudos asiáticos ha mejorado, la de la metrópolis americana se está hundiendo. Las declaraciones hechas el viernes 19 de abril por el presidente del Federal Bureau of Reserves a la prensa económica de los Estados Unidos no ahorraron dramatismo: está en puertas una crisis peor que la de 1929 y no bastará con la elevación de la tasa de descuento y con nuevos y espectaculares impuestos: es preciso reducir los gastos fe-

derales y equilibrar la balanza de pagos. Ello significa acabar con la guerra de Vietnam y, por lo tanto, con los gastos de la guerra del Vietnam, aunque en ello caigan sus suministradores. En esta carrera de velocidad está metido Johnson. De aquí a las elecciones faltan siete meses. Pero el nuevo presidente no tomará posesión hasta dos meses después. La ventaja de Johnson es que ni tiene que ocuparse de la campaña electoral para sí mismo, puesto que al final de ese período no le queda por delante más carrera que la de ranchero en Tejas. Pero esta misma provisionalidad le impide tomar grandes medidas. En realidad hay una vacante de poder en los Estados Unidos, y la interrogante es si la precipitación de acontecimientos exteriores e interiores podrá contenerse hasta que haya un presidente real en la Casa Blanca. En la foto, Johnson y el presidente surcoreano Park Chung, en Honolulu.



TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TEL

- Reunidos en Ostende quince resistentes del III Reich, para averiguar quién financia los grupos neonazis, llegaron a la conclusión, según algunos periódicos franceses, que varios financieros e industriales nazis, que antes de acabar la Guerra Mundial se conjuraron para montar en su día el IV Reich, proveen estos fondos. Los reunidos en Ostende rehusaron dar a conocer la identidad del «cerebro» de la operación.

- Por vez primera desde 1948, el nuevo presidente del Parlamento checoslovaco no ha sido elegido por unanimidad. Josef Smrkovsky obtuvo 188 votos a favor y 68 en contra, pertenecientes estos últimos, con toda probabilidad, a partidarios de Novotny.

- Más de 53.000 fichas policíacas han tenido que ser examinadas por los agentes del F. B. I. para, mediante las huellas dactilares, identificar al supuesto asesino del pastor Lutero King, James Earl

Ray. Un dato que refuerza la sospecha de conjura: hasta la víspera del asesinato no se había decidido en qué hotel se hospedaría el líder negro.

- Según un periódico checoslovaco, entre 1948 y 1953 (pleno período estalinista) hubo en Checoslovaquia 160 condenas a la pena capital.

- Izhm Harel, antiguo jefe de los servicios secretos israelíes y organizador del rapto de Adolf Eichman, quiere publicar el relato «auténtico» de esta operación, pese a la prohibición del gobierno israelí. Harel se ha querrellado contra éste ante el Tribunal Supremo.

- Los países miembros de la ONU son ya 124. La isla Mauricio, independiente desde hace un mes, acaba de ser admitida en la organización internacional.